

LA ARGENTINA PAÍS DE CONQUISTA

DOS CARACTERÍSTICAS DE LA ACCIÓN

Descatolizar para desnacionalizar. Tal es la consigna que se han dado los imperialistas de Norte América, ansiosos, primero de invadirnos y explotar nuestras riquezas, y después, ya más dueños de nosotros, conquistar—a las buenas o a las malas—nuestra gran Nación para convertirla en una estrella más del firmamento... de la bandera estadounidense.

«América para los americanos» yanquis. Es la suprema pan-americanización.

A tal fin van encaminados ingentes esfuerzos de todo género, desde los más «evangélicos» y humanitarios, hasta los más «clanistas» y ruines.

A ello contribuyen elementos muy «conscientes», que «saben lo que hacen y lo que se pretende», y elementos que inconsciente o servilmente, secundan tal o cual campaña, tal o cual institución de Norte América, entre los cuales figuran no pocos americanos de Centro y Sur América, unos adoradores del «dólar» que se han vendido y esclavizado; otros ilusos o vanidosos muy sensibles a los halagos extranjeros y muy propensos a intervenir en organizaciones exóticas culturales, sociales, benéficas... de más apariencia que realidad, pero todas muy eficaces para «el fin que se pretende».

Los americanos del Norte, americanizadores *pro domo sua*, saben muy bien que dos son los obstáculos que más impiden la absorción de las Repúblicas ibero-americanas: el espíritu nacionalista de independencia y el sentimiento tradicional religioso. Las demás diferencias, lenguas, usos y costumbres, mentalidad, idiosincrasias étnicas, o no son tan difíciles de vencer o pueden en cierto modo tolerarse, porque no han de impedir grandemente la invasión y absorción por parte de Norte América.

Ya ayuda mucho a deshispanizar, a deslatinizar las Repúblicas ibero-americanas, la inmigración creciente procedente de todos los países del mundo. Pero el fervor nacionalista, que se aviva cada vez

más por natural reacción contra el cosmopolitismo, y el sentimiento profundamente católico, que aún perdura en la vida social y familiar, son obstáculos de primer orden.

De ahí las dos características principales de la persistente campaña imperialista estadounidense: 1.º, fomentar las relaciones e intercambios entre las tres Américas, intensificándolas y sistematizándolas por medio de organismos permanentes cuya sede central esté en los Estados Unidos, de donde partan los tentáculos que han de extenderse por todo el continente y a donde vayan a parar los hilos que han de recoger las vibraciones de los movimientos políticos, sociales, económicos, etc., y 2.º, enviar agentes de descatalogización, los cuales, con el pretexto de «evangelizarnos», instruirnos y moralizarnos, en una palabra, de «convertirnos»—todo por medio de Biblias y predicaciones, y más especialmente de dólares, que es el instrumento «más espiritual» y eficaz de esas sectas para lograr desnaturalizarnos—debiliten más y más nuestra unidad, sequen la savia que nutre nuestra civilización latina, rompan los vínculos de la tradición y de la Historia, transformándonos, en fin, en caricaturas del pueblo yanqui.

En Norte América tienen millones de conciudadanos ateos, materializados, embrutecidos, a quienes los celosos pastores «evangélicos» podrían predicar la «buena nueva», pero prefieren que sus connaturales se condenen, con tal de «salvarnos» a nosotros y sujetarnos al capitalismo y a la tiranía imperialista de Norte América.

Cuál sea el fervor «evangélico» y cuáles las mañas y artimañas de las sectas protestantes para alcanzar los «santos» fines sobredichos, lo vamos a ver con luz meridiana al presentar, narrados por *La Prensa*, los hechos que, como extensión del «Congreso de Obras Cristianas», efectuado últimamente en Montevideo, se han realizado en Buenos Aires. Breves comentarios bastarán para que aun los más míopes vean cómo las sectas norteamericanas tratan de descatalogizar y de desnacionalizar a la República Argentina y con qué fines y consecuencias «prácticas».

EL CONGRESO DE MONTEVIDEO

Entre los últimos días de marzo y los primeros de abril de este año celebróse en Montevideo un Congreso llamado «de la Obra Cristiana en América», que fué organizado y dirigido por las iglesias protestantes, y en el cual, según *La Prensa* (27 de marzo de 1925): «participaron doscientos delegados pertenecientes a las Repúblicas Argentina, Brasil, Paraguay, Chile, etc.»

Este Congreso es el segundo de los realizados por los *protestantes* en la América Latina, y en él como en su anterior, reunido en Panamá el año 1916, se refleja el espíritu de *conquista*, más o menos disfrazado, que mueve toda la acción yanqui en los países de nuestro continente austral.

Los conceptos más deprimentes para la cultura, la vida social, política y religiosa, para la salud e higiene públicas, la moral y costumbres nacionales, para todo, en fin, lo que constituye la idiosincrasia de la América Latina, como conjunto de pueblos libres y naciones soberanas, ha sido expresado en sus sesiones, informes y trabajos, con una audacia y un desparpajo, que asombra no haya producido en estos países sudamericanos la condigna protesta y el justísimo rechazo a tales atrevimientos.

Algunas citas comprobarán harto elocuentemente lo afirmado.

En la sesión del 17 de febrero de 1916, en el Congreso de Panamá, decía el Rdo. Eduardo Carlos Pereyra, Ministro Presbiteriano del Brasil:

Las tierras todas de la América Latina se parecen en la hora presente al valle de los huesos secos que vió Ezequiel; y no queda más esperanza sino el Espíritu de Dios que llame los huesos a nueva vida y los despierte, poniendo ante ellos *la Biblia abierta y la buena nueva del Evangelio*.

Hemos subrayado las últimas palabras, por cuanto ellas en labios de un protestante son extraordinariamente significativas, sobre todo cuando se las relaciona con las primeras del párrafo: *las tierras todas de la América Latina*.

Ed. Prado, en su libro *A ilusão americana*, cita el hecho de que después del famoso Blanie, ministro, primero de Garfield, y más tarde de Harrison, fundador del imperialismo yanqui, como él mismo no tenía reparo en proclamarse, hombre de «ideas dominadoras y temperamento cesariano», «admirador apasionado de Napoleón, cuyos retratos adornaban las paredes de los salones de su casa» (pág. 106); Evarts, uno de los más distinguidos estadistas americanos, antiguo Secretario de Estado, decía bajo la presidencia del general Grant, en un banquete celebrado en Nueva York:

La doctrina de Monroe es ciertamente una cosa muy buena, pero, como todas las cosas buenas anticuadas, precisa ser reformada. Esa doctrina se resume en esta frase: América para los americanos. Bien; yo propondría un agregado: para los americanos, sí señor, pero entendámonos, para los Americanos del Norte (aplausos). Comencemos por Méjico, nuestro querido vecino, de quien ya comimos un bocado en 1848. Comámoslo del todo (hilaridad). La América Central vendrá después, como un aperitivo para

cuando le llegue el turno a la América del Sur. Mirando el mapa vemos que aquel continente tiene la forma de un jamón. El Tío Sam es un gran comilón y seguramente lo devorará (aplausos e hilaridad prolongada). Esto es fatal, esto es apenas cuestión de tiempo. La bandera estrellada es bastante grande para extender su sombra gloriosa de un océano a otro. Un día ella flameará única y flotante del Polo Norte al Polo Austral (pág. 62 y 63) 2.º edic. 1895).

En el Congreso último de Montevideo los yanquis de 1925 siguen pensando en el jamón de la América Latina, como Mr. Evarts en 1872 y el Ministro Presbiteriano del Congreso de Panamá en 1916.

En el Informe número 6 «Medical missions and health ministry», se afirman cosas como estas:

Sin enfermeras consagradas a su trabajo, sin doctores, sin dólares no podemos presentar todo el Evangelio de Cristo en la América Latina. Inf. cit. pág. 6.

Es prácticamente axiomático que todo progreso está en pañales, aun no ha salido de la cuna (en las provincias del Uruguay y Argentina) Inf. cit. pág. 2.

Y para salvar la situación el doctor Borwning declara:

Sería bueno asegurar por medio de representantes diplomáticos, o de otra manera, el reconocimiento del diploma de ciertas escuelas bien conocidas en los Estados Unidos de Norte América.

Y Mr. G. Z. Howard añade:

La religión (protestante debía andar merodeando cuando el paciente la pueda fácilmente aceptar.

Pero como no les basta ni las franquicias para la invasión de médicos y enfermeras que solo tendrían atingencia con los enfermos a quienes se les ha de hacer desear el hospital evangelista (River Plate Report), debe acudirse a la conquista de la niñez. *La escuela es preparación de los ideales*—dice el Rdo. T. F. Reavis, y agrega: *Lo substancial es reunir niños aunque no nos paguen y les paguemos nosotros a ellos. Hay que levantar centros, biógrafos, locales al aire libre, etc. No importa que no sean protestantes; centros que nadie sepa lo que son.* (La Sociedad Filantrópica Argentina, de las escuelas de Mr. Morris, quizás?) Mr. Wolf añade que *hay que dar a la juventud una nueva orientación en Sur América.* Y toda esa obra ha de tender según el señor Tovolve a llevarnos a una nueva vida: *la que ponga una Roma frente a otra Roma, quitándonos, según Mr. Knight, todo lo bueno que tenemos los católicos, para tomarlo ellos (los pretestantes yanquis) para llegar al fin.*

A este Congreso de Montevideo fueron invitados en forma especial el señor Ernesto Nelson, el señor Julio Navarro Monzó y el doctor Alfredo L. Palacios, de los cuales concurrieron a sus deliberaciones los dos primeros, no así el último, que rechazó la invitación en los términos que más adelante reproducimos.

Don Ernesto Nelson es un caballero de sentimientos hondamente humanistas, amante de la cultura de la niñez, enamorado de la libertad del practicismo de la enseñanza en Norte América, libre pensador en materia de creencias y que, dentro de sus aspiraciones, aunque lamentablemente equivocadas en cuanto a la orientación afirmativa de las bases de la moral, busca mejorar los métodos y sistemas de nuestra enseñanza pública. Su presencia en tal Congreso, no implica, pues, una adhesión al *plan* yanqui de infiltración lenta, pero pertinaz, que persiguen sus secuaces, acreditándolo así el haber declarado en una de sus sesiones que los ideales del panamericanismo habían sido relacionados demasiado tiempo con el comercio. (*La Nación*, 31 de marzo de 1925.)

El señor Julio Navarro Monzó es un hombre veleidoso. Fué católico; después, un mal día, se hizo griego ortodoxo, y... ahora por una serie de manifestaciones suyas, de estos últimos tiempos, parece haberse hecho o estar próximo a hacerse protestante. Concurrió al Congreso, donde se produjo entre un número de canto del señor Stuntz y un solo de violín por la señorita Browing, en la forma que suele hacerlo, desarrollando el tema de «El aspecto cultural de la democracia latina». (Roma, Grecia y Yanquinlandia, o sea, católico, ortodoxo cismático y protestante, tres estados de evolución para llegar a sostener la superioridad de la cultura anglosajona, debido al genio de la reforma nacida en el siglo XVI.)

En cuanto al doctor Palacios, rehusó asistir, cual lo hemos dicho, por los motivos que expuso en una carta dirigida a Mr. S. Inman, uno de los principales miembros del Comité de Nueva York, y que fué publicada en varios periódicos.

LA PALABRA DEL DOCTOR PALACIOS

He aquí algunos de los párrafos del Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de La Plata, cuyas ideas socialistas, bien conocidas, dan a sus palabras, en estas circunstancias, singular relieve e indiscutible imparcialidad en lo que pudiera referirse al aspecto *religioso*, con que los yanquis tratan de disimular su acción política en los países sud-americanos.

Agradezco su atenta y afectuosa invitación para el Congreso iniciado por las iglesias cristianas, que se celebrará en Montevideo, desde el 26 de Marzo al 8 de Abril del año corriente y que se ocupará del problema educativo en América. Nada tengo que oponer contra las finalidades culturales y morales que se propone ese congreso cuyo programa acabo de leer.

Fines de la propaganda protestante

Pero estimo que la influencia y la acción de ustedes en Sud América entraña, aun contra sus propósitos, la extensión y afianzamiento del poder material de Norte América sobre estos pueblos. Es una impresión de ustedes, gráfica y de realidad innegable, la de que «al comercio sigue la bandera», y mayor aplicación aun tiene a este género de influencias. Ustedes no representan, por desgracia, el poder ni la tendencia dominante en su país, que pertenecen al capitalismo y a la esfera política. Así, pues, el resultado de la acción de ustedes está supeditado, inevitablemente, a esos otros poderes efectivos que a la larga lo utilizarán para sus propios fines. Ciertamente es que la obra de usted especialmente, con su revista *La Nueva Democracia*, es imparcial, elevada y de índole ejemplar. Pero la influencia de las iglesias cristianas, sus trabajos, para conocer el estado social y las necesidades intelectuales y morales de esta América, con objeto de proveer a ellas es el medio más eficaz para Norte América de penetración pacífica. La propaganda y la obra religiosa y moral de las iglesias neutraliza el mal efecto que produce la acción invasora y absorbente del capitalismo yanqui, pero ratifica sus avances y le prepara el terreno a nuevas expansiones...

La anexión como fin

Y ello es, por lo demás, inevitable, a pesar de sus buenas intenciones. Ustedes tienen a su servicio otros elementos que constituyen medios formidables de conquista: la riqueza, la unión y la voluntad. En cualquier campo en que se desarrollen esas actividades, con respecto a otros pueblos, no harán más que ejercitar un procedimiento de anexión más o menos moral y material. Para que no resultara así sería necesario que los Estados Unidos poseyeran una índole altruista de muy elevado redentorismo. Y sabido es que al presente no es esa la característica de su país, el cual tiende más bien al exclusivismo y a vivir para sí propio. Nosotros, precisamente, que carecemos hoy del poder, poseemos esa índole y espero que persistamos en ella. Claro está que sería un hecho ideal el de la unión del progreso externo y la energía norteamericana con el idealismo de la América Latina; pero ni ustedes tienen por hoy, tendencia alguna a aceptar esa unión, ni la América Latina existe todavía como entidad unificada. Para hacer posible, en lo futuro, la unión de esas dos fuerzas, sería preciso que Norte América dejase de contemplarse a sí misma, exclusivamente, y de perseguir tan solo su utilidad material.

Nuestro idealismo

Si por lo contrario, su país mirase al resto del mundo para influir en beneficio de los otros pueblos y deseara el bien de la humanidad, podría

llegarse algún día a la unión de toda América y a la fusión de la energía con el idealismo y esto crearía un nuevo orden de cosas en el mundo que desplazaría de inmediato el eje de la civilización, transfiriéndolo del viejo al nuevo continente, y haría girar en el porvenir, los destinos humanos alrededor de esta nueva democracia social.

Mas por ello, ante todo, es necesario la unión de la América Latina, cosa que ustedes no han de favorecer: 1.º, porque verán en ella un poder capaz de neutralizar la actual omnipotencia de los Estados Unidos, y 2.º porque siempre se opondrá el capitalismo, que encuentra un medio ideal de expansión a sus operaciones, en la desunión y la debilidad de las Repúblicas Hispano-Americanas.

Observe usted que las Iglesias Cristianas eligen para realizar ese Congreso el Uruguay, precisamente uno de los pocos países que no están dominados financiera o militarmente por Estados Unidos, Montevideo, donde se reunirán los delegados está a un paso de Buenos Aires y la Argentina atrae las codiciosas miradas del imperialismo invasor. Esto es sugestivo. Los «misioneros» parecen llegar a manera de vanguardia...

Comprenderá usted que de intervenir yo en el Congreso, tendría que expresar todas estas cosas, que, desde luego, desentonarían ingratamente, y es preferible, por tanto, que me abstenga de asistir a él.

CONCEPTUOSAS REVELACIONES DEL SEÑOR ONELLI

Invitado por la «Asociación Cristiana de Jóvenes»—la conocida J. M. C. A., sociedad de propaganda protestante metodista, que, bajo el aspecto de los entretenimientos del sport físico, a tantos incautos va envolviendo entre sus redes—el señor Clemente Onelli a dar una conferencia en el seno de la institución, tuvo al pronunciarla, el 8 de octubre de 1924, el valor de desenmascarar sus fines, formulando una serie de revelaciones, sobre las cuales nunca se dejará de insistir bastante para llamar la atención de los países de este continente austral, y cuyos principales pasajes reproducimos a continuación:

Yo, hombre latino, siempre he quedado con una enorme preocupación al conocer las expansiones de esta institución cristiana de jóvenes. Y esto tan solo por la fuente de su origen americano.

Pues nosotros de raza latina, celosos como el que más de nuestra autonomía racial, política y financiera, vemos siempre con ojos de alarma el pacientísimo trabajo de absorción que viene desde años preparando, con fines e intereses que sospechamos muy terrenales, a pesar de que hasta ahora estos medios de absorción sean, en su mayor parte, de buena ley; pero van predisponiendo las almas juveniles a idiosincrasias de carácter de negocios y de puntos de vista de la vida, a los que, hasta ahora, no nos sentimos absolutamente dispuestos.

La propaganda protestante debe preocuparnos

Yo os diré, cómo poco a poco, se ha ido formando en mi espíritu esta palabra de hosca prevención, que muchos sudamericanos comparten conmigo, y que yo he venido corroborando año tras año, siguiendo el movimiento panamericano, al parecer tan simpático y al parecer tan desprendido.

En el año 1912 ese gran estadista americano que fué Teodoro Roosevelt, viajaba con el doctor Francisco P. Moreno, por la Patagonia. Eran dos hombres de empuje, de la misma factura volitiva, y mucho simpatizaron. Allá en el sur lejano, a la orilla del lago Nahuel Huapí, bajo el secular ciprés histórico que cantó Ada M. Eflein, pensaban en el porvenir de este hemisferio, y en un momento de expansiones recíprocas, aquellas expansiones que no son posibles en el ambiente artificial de una ciudad, sino frente a la serenidad de la naturaleza, como corolario de una larga conversación, Moreno preguntó a Roosevelt: «Coronel, ¿cree usted en una relativamente rápida absorción de estos países latinos por los Estados Unidos? Roosevelt contestó categórico: La creo larga y muy difícil, mientras estos países sean católicos».

Cuando Moreno me relató ese resumen de las ideas de Roosevelt, no le dí mayor importancia: me pareció una repetición vulgar y teórica de lo que hace años se encuentra en libros efectistas de autores latinos y de sentimientos anticlericales. Pero un año después, cayó bajo mis ojos un telegrama de los diarios matutinos, en que se informaba que la iglesia metodista americana había resuelto destinar unos veinticinco millones de dólares más para propaganda de su religión en Centro y Sud América. Mi mente ligó entonces esa noticia como corolario bien activo del pensamiento de Roosevelt, y bien comprendí que los americanos no son contemplativos: si una teoría, que se han formado, resulta que no conviene a sus propósitos, tratan de destruir el hecho que ha creado su teoría, recurriendo a su poderoso medio: el dolar, el oro, el señor y soberano absoluto de la civilización moderna.

Empecé a preocuparme: pero poco tiempo después ví en las provincias del interior, en automóviles Ford o en breacks desvencijados, según los caminos de las regiones, vi a los agentes de esa propaganda, ir distribuyendo entre la gente sencilla, y a veces analfabeta, Biblias y más Biblias de la reforma (protestante). Ese sistema de conquistar adherentes me hizo sonreír, y pensé cuánta razón tenía Roosevelt en llamar larga y difícil la cruzada para el cambio de las creencias; sin embargo seguí hosco y prevenido observando.

El imperialismo protestante

Pero hace un año, las últimas fatídicas palabras y de toda lealtad que pronunció Zeballos en Williamstown, como suprema ofrenda de su vida consagrada al bien, a la felicidad y a la independencia de las Patrias de Sud América, rasgaron el velo y demostraron que, si Norte América no puede por el momento acusarse de un imperialismo bien directo y consciente, este imperialismo absorvente preocupa instintivamente los extratos de lo subconsciente de esa raza. Y en el mes pasado un almirante

americano, Mr. Rodger, en las mismas reuniones de Williamstown, ha recogido las palabras y las ideas del estadista argentino, que perduran en esa sala aun después de su muerte, las ha analizado, las ha encontrado justísimas, y así lo ha proclamado a todos los ámbitos de esa República inmensa: y nadie ha protestado, al contrario, parece que la opinión general casi se complace en que alguien le haya revelado tan claramente los íntimos repliegues de la conciencia, donde dormía inexplicable lo subconsciente, que los hace trabajar y desarrollar una, al parecer generosa y nada interesada campaña, de unión en los pueblos del Norte y Sud América.

Así se puede explicar bien como a la lenta y difícil tarea de trocar las creencias, la gente dirigente de allá, a sabiendas o no, agrega otros medios, otros recursos, para ir preparando el terreno, con el fin de que en treinta o más años, cuando el imperialismo expansivo de Norte América sea una necesidad no ya subconsciente, sino bien consciente, encuentre más allanada la vía, buscando entonces los recursos que quizás podrán ser incruentos, si la penetración pacífica, convencedora y educativa, ha penetrado bien en esta primera mitad del siglo a los pueblos, no para conquistarlos, sino anexarlos como nuevas estrellas gloriosas en el pabellón. Las voces aisladas de algún independiente y ajeno a los business, serán entonces sofocadas como las de los filósofos retrógrados y demasiado conservadores, que no van de acuerdo con los tiempos nuevos, en esa especie de internacionalismo al que tiende por un lado las mentes exaltadas de los necesitados, y por otro, los negociantes y los industriales, que sabrán explotarlo.

Entre los otros recursos que, junto con la fundamental pero desgraciada idea de la distribución de Biblias que nadie lee, se han venido activando en estos países sudamericanos, además de las instituciones bancarias, que con una sola carta de crédito, trabajan con dinero sudamericano, y van ligando nuestros negocios bajo su férula, han empezado a llover las publicaciones en lengua española, bajo todos los tópicos más interesantes, y que encabezados por el Boletín Panamericano, llegan por docenas cada mes, sobre ganadería, sobre agricultura, sobre petróleo, etc., gratis o a precios mínimos, diría casi como para que, cuando dentro de treinta años el imperialismo se haga consciente y ejecutivo, se encuentre ya todo listo para una explotación inmediata...

Los pueblos latinos de Europa nos miran, nos dan ayuda, desean la nuestra y nada más.

El sentido práctico y utilitario de Norte América no tiene esos rasgos de sentimentalismo; busca lo más sólido y el materialismo de la civilización moderna lo ayuda: esas publicaciones preparan insensiblemente para el día en que el patriotismo sudamericano se habrá reducido a la insensibilidad, a la que hoy casi ha llegado la República de Panamá, y ya completamente conquistada en Puerto Rico.

Propaganda de la inmoralidad

Pero ese imperialismo subconsciente, instintivamente, toca también otros resortes como para poder impresionar las mentes y acostumar los es-

píritus. Es cosa ya reconocida que el cinematógrafo es educativo tanto en buen sentido como en el malo, y se nos envía de allá por toneladas las cintas cinematográficas prohibidas en los estados del Norte; pero ellas son enviadas aquí, a todos los ámbitos más recónditos de todos los países sudamericanos; y aquí en las ciudades y allá en esos rincones, donde el apóstol (pastor) metodista deja sin resultado su Biblia, pasa frente a la pantalla toda esa clase de vicios y de lujurias, vagamente conocido antes, y que la juventud absorbe con delicia, consiguiendo poco a poco enervar la raza; enervarla, para que dentro de treinta o más años, cuando el imperialismo subconsciente ahora, se haga consciente, la encuentre con la dieta apropiada para soportar con felicidad la gran operación panamericana (conquista...)

Astucia protestante

Pero, como dice el Evangelio «el hombre no solo vive de pan», no vive de solo materialismo; hay almas tiernas y sensibles que educar, que socorrer y que en el momento preciso, por gratitud y por razonamientos adquiridos, sean los sinceros defensores de la finalización panamericana... Así esta Asociación Cristiana de Jóvenes, así ustedes. Forman la parte más noble de esa propaganda obligada por el imperialismo subconsciente... Pero téngalo por seguro, nosotros los de raza latina y de nacimiento católico, creemos en la patria de la tierra con los rasgos y con los sentimentalismos puros de nuestra raza soñadora, la que, como dicen los pensadores franceses, no quieren ser el baluarte cristiano del judaísmo financiero moderno.

Estas idas del malogrado Onelli aparecen corroborados en un artículo aparecido en *El Bien Público* de Montevideo, del sábado 16 de mayo de 1925. Dice así:

Naturalmente que nos referimos a la absorción lenta y pacífica, a la misma que entendemos se refiere el estadista yanqui, porque si nos refiriésemos a la absorción violenta, inútil es decir que no habría fuerza moral, no habría Catolicismo que pudiera evitar y contrarrestar la fuerza de la presión o de las armas.

Me refiero, pues, a esa política fina y cautelosa que siguen los yanquis con los hispano americanos mientras no tengan una necesidad urgente de ellos, porque si, por desgracia, la tuvieran de nosotros en la misma urgencia que precisaron de México, Colombia, Cuba, Nicaragua, Puerto Rico, Haití, Panamá, creo que no tendrían por qué desdeñar los mismos procedimientos que han usado con esas naciones tan americanas como la nuestra y que tan buen resultado les han dado y de los cuales no parece que hayan demostrado estar arrepentidos.

Bien entendido pues el caso, diremos que no pensaba el clarividente expresidente de Estados Unidos en la dificultad de esa absorción de los países latino-americanos que, según aseguraba, era debida a su catolicidad, porque los católicos de la América española sobrepasasen en número a los protestantes de Estados Unidos, no; sino porque no ignoraba (él que comprendió tan claro y reconoció una vez sinceramente la ele-

vada civilización que España había dejado en América, superior a la que habían dejado las otras razas europeas, incluso la protestante inglesa, y a los mismos procedimientos de civilización de Estados Unidos), que la doctrina católica que la había informado, esto es, el verdadero Evangelio de Cristo, que es predicado solamente por la Iglesia Católica infiltra a los fieles, miembros del mismo Cristo (según la frase no literaria sino dogmática de San Pablo, 1 *Corintios*, cap. VI, 15), un espíritu de unidad tan admirable que les induce a rechazar como por instinto toda sombra de división en la doctrina de Cristo, a huir, como de una serpiente, de cualquier tentador o seductor en quien adivinen el intento de querer hacerlos semejantes a Dios, si consienten en rebelarse contra los mandatos divinos o la autoridad de Pedro, y por consiguiente a repudiar toda sombra de Protestantismo, religión dominante en Estados Unidos, que inculca con el contrario en las venas de sus adeptos un virus de disolución y anarquía incompatible con el estado homogéneo y estable de una civilización verdaderamente superior.

Y a la verdad, ¿cómo nuestro estado de civilización verdaderamente superior puede aceptar p. e., que sobre el Cristianismo, eje de la civilización mundial puedan abrogarse diez y seis sectas por lo menos en E. U. la verdadera representación de esa Institución divina, cuando es universalmente sabido que Cristo confirió directamente sus poderes sólo a Pedro y a sus legítimos sucesores, y no a Lutero, Calvino y Cía.? Y sin embargo, ese número de sectas contaba entre sus pensionistas la célebre Universidad de mujeres de Wellesley, (cerca de Boston) cuando Paul Bourget, ese distinguido escritor francés, tenido siempre por veraz, visitó a E. U. en 1894 (ver su obra *Outre-Mer* edición definitiva Tomo 11 pág. 114).

¿Cómo dentro de nuestro estado de civilización superior cabe imaginar sin sonreír que médicos y señoritas tomen en serio el Budhismo (Op. cit. ibid. pág. 105) aceptándolo como superior al Cristianismo, y eso no en San Francisco a 15 días de viaje del Japón, sino en Wáshington a cinco o seis días de Londres?

¿Cómo nuestro estado de civilización superior puede aceptar que esa famosa Universidad de mujeres de Wellesley tenga por principal objeto suprimir del mundo, además de la mujer frívola, la mujer ascética, (ob. cit. pág. 114) es decir la mujer que busca y practica la perfección cristiana?

¿Cómo podemos aceptar sin crítica y aborrecimiento la promiscuidad de sexos en los colegios de instrucción primaria, secundaria, y aún en esa mencionada Universidad, en donde cada sábado de noche era transformada la sala de gimnasia en salón de baile y se obligaba a las señoritas a invitar a los jóvenes de Boston y de Cambriddge, como si estuvieran en las casas de sus padres? o se les daba libertad de entrar y salir solas sin dar cuenta de su conducta? o de tomar el tren solas para ir a Boston? (ob. cit. pág. 115).

¿Cómo podríamos imaginar que se exagere tanto en E. U. la admiración por un gimnasta que aceptamos como *all right* que las señoras y señoritas de la mejor sociedad se reúnan después del espectáculo en el

apuesto de aquél para recibir a la vista de su torso desnudo una conferencia sobre musculatura *a lecture about his body?* (BOURGET, ob. cit. Tomo I, pág. 85).

¿Cómo podemos sentirnos inducidos a exagerar tanto la igualdad de los dos sexos hasta el punto de aceptar, no que haya igual número de médicos y de médicas y que el Secretario de un Tribunal sea una mujer, y que las mujeres lo invadan todo, las cátedras, los laboratorios, etc., y que no haya casi en el aspecto diferencia entre jóvenes y niñas, sino que sean mujeres los pastores de ciertas Iglesias (ob. cit. T. I. pág. 104) y que sean mujeres las que prediquen sermones (cosa que hallaba ya indecente el propio San Pablo—1 Car. cap. XV vers. 34 y 35) donde no son admitidos los jóvenes menores de diez y seis años? (pág. 106).

¿Cómo no sentir temblor ante esa educación norteamericana que ha puesto tan temprano de la vida en contacto tan íntimo al hombre y a la mujer, que hace que las niñas se comprometan con jóvenes «qu'elles n'avaient nullement l'intention d'épouser. Ils leur prisaient comme fiancés. Elles n'en auraient pas voulu comme maris?» (page 115), que hace decir en cierta ocasión a una señorita como cosa sin importancia: «Je suis un peu nerveuse, quelqu'un est venu me voir a cinq heures qui s'est conduit comme je n'aime pas. Je vais être obligée de cesser ma flirtation avec lui c'est très dommage... He is so bright a fellow» (pág. 116) y que hace exclamar a un joven diplomático, que ha vivido muchos años en Norte América, consultado para interpretar el valor exacto de un relato hecho por una señorita en un asunto escabroso que «existía la depravación casta?» (pág. 115).

¿Extrañaremos después de lo dicho, pues para qué continuar con más citas, no que el Protestantismo haya implantado el divorcio absoluto en Norte América, (sistema muy lógico y muy de acuerdo con semejante educación), sino que existan tantos divorcios en Norte América que su número y facilidades llegue a causar pavor a los hombres de pensamiento que comienzan a sentir socavados los cimientos de la familia y de la misma sociedad norteamericana?

¿Seremos exagerados pues, si decimos que nuestra civilización superior, la civilización hispano americana, rechaza esa división, esa educación, esa manera de ser de la sociedad de Estados Unidos, y de que ese repudio y de esa superioridad le somos deudores al Catolicismo siempre vigilante y firme, (que es a eso que llaman rigor los protestantes), en conservarnos la unidad de la fe, la unidad de doctrina, la santidad del matrimonio, la estabilidad de la familia y la pureza de costumbres a todas las edades, sexos, estados y condiciones?

Con razón el Catolicismo es una grandísima fuerza moral; la Fuerza Moral por excelencia; fuerza de ataque y de resistencia: de ataque a las bravas pasiones, de resistencia a las blandas concupiscencias, y, por lo tanto, fuerza de unión, de armonía, de cohesión y de unidad que crea ese estado homogéneo y estable de una civilización verdaderamente superior, que hace sumamente amable la vida en el seno de ella.

Uno de los abogados más distinguidos de nuestro foro me refería el verano antepasado en la rambla de Pocitos, cómo un figurón norteamer-

ricano que había visitado nuestro Montevideo le había manifestado que la fuerza y el progreso material de ellos eran incontrastables por los sudamericanos por la dedicación especial que ponían en esa tarea, pero que no sería difícil que tuvieran que apelar a la misma América del Sur en busca de ideales!

Nadie pues puede desconocer cuánta perspicacia encerraba la observación de Roosevelt en la frase soltada en la expansión de la intimidad a su compañero de excursión a orillas del lago Nahuel Huapí frente a la serenidad de la naturaleza: «Creo larga y muy difícil la absorción de los países hispano americanos mientras sean católicos».

Como Roosevelt es natural que piensen todos los imperialistas yanquis que le han sucedido y han reconocido en él al experto conductor del pueblo americano entre las dificultades de la política internacional como lo había sido para conducir un cuerpo de ejército entre las emboscadas de la manigna de Cuba, y que hayan dirigido los tiros de su puntería diplomática a la destrucción de esa fuerza maravillosamente organizada que se llama Catolicismo, principio y fuente de unidad religiosa, moral, social, racial, patriótica y hasta universal, que consideran como el mayor obstáculo para conseguir esa absorción lenta pero infatigable de las Repúblicas Hispano americanas, herederas de la raza, de la sangre, del espíritu de libertad e independencia y también de la religiosidad de la Madre Patria, la perseguida también pero siempre libre e indomable católica España, reservada aún para altísimos destinos.

REPERCUSIÓN DEL CONGRESO DE MONTEVIDEO EN BUENOS AIRES

Los yanquis conocen, según lo declaró en el referido Congreso el señor Tallon, que *la Argentina es demasiado patriota; y los astutos aprovechan este sentimiento para impedir la expansión del Evangelio*. Por eso, acordaron celebrar el Congreso en Montevideo, porque como atinadamente lo observa *Hispanicus* en un artículo publicado en *El Bien Público* de dicha ciudad (mayo 5 de 1925) «la mirada escrutadora del águila americana, se ha posado, hace ya tiempo, sobre el Uruguay, considerado, no hemos estudiado aún porqué, la parte más blanda del jamón de la América del Sur».

Desde allí, de acuerdo con el procedimiento señalado en la revista *España Evangélica* (19 de febrero de 1925), en su artículo de fondo «El Congreso de Montevideo doble acción social cristiana», debería «hablar repetidas veces de este Congreso a sus amigos, conocidos, y a toda clase de personas que *en algo puedan ayudar a crear un ambiente simpático y propicio para este Congreso*».

Así los conceptos de Mr. Romer C. Stunz: *El alcohol los tiene embrutecidos* (a los sudamericanos) *merced a una especie de monopolio*

entre la Iglesia Católica y el Estado; el uno les vende aguardiente, y la otra les brinda ocasión de beberlo con sus fiestas (*South American Neighbors*, pág. 56); o las del redactor de *Reports of Comission V*: en las provincias de la Argentina la medicina sigue siendo desalentadora... y desesperante... y descorazonadora...; o aquello de la página 77 del tomo I: en la América Latina... no lograron crear una sola mente ni eclesiástica ni lega... pues no ven salida en el callejón de ser a la vez cristianos y fieles a las leyes de la ciencia moderna con quienes están reñidos sus principales centros de enseñanza; y la inaudita e insolente pretensión aprobada en el tercer Congreso Científico Panamericano, celebrado en Lima a principios de este año, por la cual se establece que por la Unión Panamericana se convoque un concurso para adoptar un Himno Americano que se cante en todas las escuelas del Continente. (Conclusión núm. 102); así, decíamos, todas estas cosas serían discretamente disimuladas mediante actos y ceremonias realizadas en la Argentina que «los astutos» no pudieran explotar en contra de los avances yanquis, debido al «ambiente simpático y propicio» logrado por la «ayuda» de los amigos del Congreso de Montevideo.

Con ese fin se trasladaron a Buenos Aires los congresales después de la clausura de sus sesiones y se realizaron una serie de actos que vamos a poner al descubierto para comprobar nuestras afirmaciones y llamar la atención de la opinión argentina.

A ese fin, también, los yanquis han contado con la cooperación de un gran órgano del periodismo nacional, que ha puesto sus columnas al servicio de una causa atentatoria al sentimiento patrio, del que tantas veces se ha llamado vocero, mas al que ha ofendido en estas circunstancias con una inconsecuencia inconcebible, hasta para los mismos prohombres que enaltecieron su título y fundaron su prestigio.

LA PRENSA

Es muy significativa la gran importancia que ha dado *La Prensa* a los actos efectuados en Buenos Aires y a la visita que recibió de algunos delegados norteamericanos.

No dejaremos de señalar, aunque sea de paso, lo que esto contrasta: 1.º con la actitud observada al respecto por *La Nación*, el otro gran diario, que ha dicho menos, que no ha hablado de ninguna visita, y que ha puntualizado con mayor extensión algunas frases y discursos de congresales en lo que se puso de relieve la protesta

contra el espíritu de conquista yanqui: todo ello a pesar de que muchos creían estar influenciado este órgano de publicidad por el oro norteamericano; 2.º con la campaña que *La Prensa* ha sostenido contra las congregaciones católicas «extranjeras», campaña que algunos católicos suponen fomentada por las sectas protestantes; lo cual hoy no sería tan dudoso después de ver cómo *La Prensa* ha prestado su «ayuda amistosa» a los protestantes «extranjeros» que, no ya tan sólo quieren propagar su credo religioso, sino que, cual lo han reconocido Zeballos, Onelli y Palacios, para no citar más que aquellos a quienes *La Prensa* conoce bien, y a uno de los cuales (el doctor Zeballos) le debe el respeto y la devoción a su gran memoria, son «extranjeros» que vienen a atacarnos en el patriotismo moral y económico que constituye la base sólida de toda independencia nacional.

¿Qué, acaso ignora *La Prensa*, cual lo recuerda el aludido colaborador de *El Bien Público* de Montevideo, en su artículo antes citado, «que la anticuada doctrina de Monroe ya ha sido reformada al paladar de Evarts, en discursos, congresos, intentonas políticas y en el art. 21 del Tratado de Versalles», y «que, después de Méjico, el apetito yanqui, según la frase del mismo, se ha cebado en Cuba, Colombia, Nicaragua, Panamá, Haití y Puerto Rico»?

¿O es que las normas periodísticas de Paz, de Dávila, de Zeballos, ya no son en *La Prensa* de hoy, como lo fueron en la de esos ilustres varones, pura y noblemente inspiradas en un alto sentimiento de nacionalismo?

El lector verá que, no obstante la asombrosa incongruencia que en ello se descubre, los hechos se encargan de poner al descubierto la triste verdad por nosotros comprobada.

En las citas que vamos a hacer en los comentarios subsiguientes, todo eso quedará ampliamente evidenciado.

LOS ACTOS CELEBRADOS EN BUENOS AIRES

Los ha habido de muy vario carácter: religiosos, morales, de propaganda y de homenaje a la Argentina. En todos ellos ha primado la consigna de *crear un ambiente simpático y propicio para llegar al fin* disimulando las intenciones.

Ante la estatua de Sarmiento

Sabido es que las personalidades, oficiales o que ostentan alguna representación de otro país, suelen visitar el sarcófago que conserva

los restos del general San Martín, monumento erigido dentro de la Catedral católica y depositar una corona al pie de esa tumba.

Los delegados protestantes norteamericanos omitieron este acto, pero se reunieron ante el monumento de Sarmiento y le ofrendaron una corona de flores.

Ante todo ¿por qué han rendido ese homenaje a una de las grandes figuras históricas argentinas? No titubeamos al contestar que *solo y unicamente* para encubrir aquella afirmación rotunda de que la América Latina no logró *crear una sola mente eclesiástica ni lega*.

Y ¿por qué fué elegido Sarmiento y no San Martín? A primera vista la respuesta sería: no fueron a la tumba de San Martín por no penetrar al templo católico metropolitano, afirmando así su protestantismo y, quizás, para empalidecer todas aquellas otras afirmaciones de la incultura de estas tierras, cuyos *principales centros de enseñanza están reñidos... con las leyes de la ciencia moderna*.

Porque Sarmiento, —calumniado por el normalismo argentino oficial, que ha hecho de su figura el portaestandarte de la enseñanza laica—ha sido para los *pastores* protestantes, el prócer que ante el pueblo mejor pudiera disimular su homenaje equívoco.

Para algunos, en efecto, esa elección no involucra sino un detalle nimio; lo sustancial para ellos ha estado en que los yanquis hayan rendido un homenaje a una de nuestras grandes figuras nacionales.

Pero para quienes observan las cosas un poco más a fondo, no puede ser tan *inocente* esa conducta.

Sarmiento no desenvainó su espada de general como San Martín para luchar por la patria y asegurar la libertad de los pueblos sudamericanos. Sarmiento es un hombre de acción interna, San Martín lo es de acción externa: la Argentina, Chile, Perú y Ecuador, le proclaman *padre* de sus independencias.

Un homenaje a San Martín era un reconocimiento a la soberanía intangible de las naciones de este continente. Los yanquis lo rehuyeron. Sabían muy bien lo que hacían!

La Prensa no vió lo que para cualquier argentino sensato no puede pasar desapercibido.

Continuemos.

Visitas escolares

Los delegados norteamericanos visitaron dos de los establecimientos de instrucción. Cedemos la palabra a *La Prensa* del 15 de abril.

Dice así:

El primero que visitaron fué el que dirige el doctor Williams C. Morris, en Palermo, perteneciente a las escuelas e institutos filantrópicos. Los delegados recorrieron las diversas dependencias del amplio local y ponderaron la gran obra cristiana que en él se realiza.

El doctor Roberto Speer dirigió la palabra a los educandos para significarles el valor de la organización que los ampara, y al mismo tiempo para hacerles recomendaciones morales.

El doctor Morris agradeció los conceptos del doctor Speer y en distintas oportunidades algunos alumnos también hablaron para agradecer la visita que se les hacía.

Los delegados se trasladaron después a Villa del Parque para efectuar idéntica visita al local del instituto Evangélico Americano, donde se ofreció a los visitantes una pequeña fiesta, en la que intervinieron los alumnos de los cursos primarios, secundarios y del jardín de infantes.

El director técnico de educación luterana, señor Pedro D. Viera, hizo uso de la palabra para agradecer la visita y los conceptuosos términos expresados por el señor Speer, que habló con anterioridad, para significar el desarrollo moral y docente del cristianismo.

Como se ve no se ha visitado ningún establecimiento docente nacional. Las *visitas* se han limitado a los *protestantes*.

Es de notar, además, los escrúpulos, digámoslo así, con que *La Prensa* vela por las actitudes del pastor Morris, que en esta circunstancia hizo franca ostentación del carácter protestante de su grandiosa obra. Será que el citado diario no ha querido poner obstáculos a las subvenciones del Gobierno y de algunas familias católicas, con que esa institución vive y prospera?

Merece también anotarse la supresión del término *argentinos* con que se cuida tanto de adjetivar Mr. Morris, a lo que *La Prensa* llama en el suelto transcripto *escuelas e institutos filantrópicos* a secas. Es que el gran diario que se califica a sí mismo de pregonero del sentimiento nacionalista, ha temido herir las susceptibilidades yanquis usando el término *argentinos* como determinante de una obra que no es sino protestante *extranjera*?

Cuanto podríamos añadir, sobra. Lo dice harto elocuentemente *La Prensa*.

J. B. ALBERTONI.

(Continuará)